

9 Noviembre

CRITICISMO

SOBRE LAS PRINCIPALES POESÍAS DEL MALO-GRADO ACADÉMICO DON JULIO ZALDUMBIDE.

I.

Pluma muy distinta de la mía, por su competencia y crédito, debía ser la que escribiese acerca de tan interesante asunto, á fin de que, bien recomendado el mérito del poeta, saliesen airosas las letras nacionales, no solamente por el valor de las composiciones examinadas, sino también por el recto criterio y especial aptitud de quien las analiza. Mas no siempre la importancia de las cosas se mide por la magnitud del deseo; ni ha de serles vedado á escritores de menor entidad deleitarse con la lectura de hermosas producciones literarias, y sintiendo, según es natural, los impulsos del entusiasmo, probar á discurrir sobre las bellezas que lo excitan, y aún atreverse á notar algún defecto que se haya deslizado entre ellas. Esto, lejos de impedir que críticos propiamente tales emprendan la útil faena y la desempeñen con el debido acierto, contribuye, más bien, á este provechoso resultado; por ser rara la ocasión en que, tratándose de semejantes materias, guarden silencio los hombres de talento y nombradía, dejando prevalecer las desautorizadas opiniones del que no cuenta con la segunda, porque carece del primero.

Antepuestas, como era preciso, estas reflexiones, que no dimanan, por cierto, de laudable modestia mía,

(S. m.) F. S. A. M. J. m.

sino de simple conocimiento de mi escasez de dotes para un estudio que las requiere aventajadas, ya puedo sentar el pié en el ameno campo donde me he propuesto hacer mi recolección de flores, bien que con mano profana, para adornar la noble sien del que las cultivó tan bellas.

Cuando el insigne vate de Venusa prorrumpía en aquel atrevido *Non omnis moriar*, profetizando su propia inmortalidad, no hay duda que pronosticaba también la de otros poetas; aunque à muy pocos les fuese dado jactarse de haber erigido *monumentos más duraderos que el bronce*. Esta gloria corresponde exclusivamente à los que descuellan como príncipes en la empinada cumbre del Parnaso, irguiéndose majestuosos ante los siglos y la humanidad; pero, al modo que la mitología romana tenía sus *dii minores*, con derecho à ser reverenciados por las gentes, tiénelos también la poesía, y entre estos sobresalen muchos que lícitamente pueden decir *multaque pars mei vitabit Libitinam*. (a) Efectivamente, caídos ellos en el sepulcro, eliminada de entre los vivos su personalidad humana, íntegra subsiste la que sin violencia pudiera llamarse su personalidad poética, encarnada en esas estrofas que han quedado, direlo así, cantando perpetuamente, à pesar de la desaparición del bardo que por primera vez las entonara. Hijas de su númen, herederas de su celebridad, irán acrecentando ésta, en honra de quien la mereció, y el tiempo les ayudará en ello, destruyendo la emulación de los contemporáneos y dando agradable sabor de antigüedad à las creaciones del poeta, como suele darlo al cécubo generoso.

Rastro de luz y de gloria deja, por recuerdo, en el mundo, el poeta que acertó à cantar dulcemente los

(a) Horacio, Oda XXX, lib. III.

hechizos de la naturaleza ó los misterios del corazón. Las páginas en que estampó peregrinas concepciones de su mente ó tiernos gemidos que la pasión le arrancara del alma, de solaz instructivo servirán à quien ame lo bello, y de artística norma al que, inflamado por el fuego de la inspiración, pretenda volar à esas fantásticas regiones donde tienen habitual morada los hijos privilegiados de las musas.

La genuina misión del vate debe consistir, por esto, en cantar la perfección, relativa à lo menos, en los órdenes moral y físico, manteniendo fija la mirada en un modelo ideal, que levante la aspiración del hombre à esfera más elevada, ya que no pueda separarlo realmente del bajo suelo à que lo tiene adherido el peso de la materia. Como los profetas del pueblo de Israel eran los poetas de Dios, así los bardos de las edades modernas deben ser los profetas respectivos de cada comarca, encargados de guiar à la multitud por la senda de la verdad, de la belleza y del bien. Todo lo que de este rumbo se desvíe, perdido va para la humana cultura, y aún es de temer que ceda en perjuicio de la misma, si halaga las propensiones ruines, prontas à levantarse, como la víbora del Edén, en el interior paraíso de nuestras afecciones.

Digresión es la mía, aplicable quizá à poetas que de cualquier modo hayan influido ó influyan en desdoro de la moral y mengua de la civilización. Cuán lejos de tal desliz se hallase el noble ingenio cuya eterna ausencia deploran las Letras ecuatorianas, lo dicen, mejor que yo, sus bellas poesías, en que predomina la rectitud austera del filósofo, y aunque salga à la escena la inevitable pasión del amor, hidalga, mientras no degenera, aparece galanamente arropada en la cándida veste del pudor, que le cubre la desnudez, sin ocultarle la hermosura. Si de algún exceso adolecen ciertas composiciones de nuestro llorado vate, es de

un profundo sentimiento de melancolía, proveniente del desengaño y la duda, que deja acíbar en el alma de los lectores, dándoles à conocer el triste estado en que se hallaba la del poeta, cuando rebozaba en la amargura de que las hace partícipes.

Pero no es tiempo aún de discurrir particularmente sobre esas composiciones, y lo es ya de ir examinando con orden cada una de las más notables, entre las varias que dió à luz el distinguido poeta.

II.

Muy joven era Zaldumbide en el año de 1851, y ya entonces declamó su *Canto à la música*, ante honorable concurso, obteniendo aplauso general, y recibiendo una corona de manos de Don Miguel Riofrío, célebre literato que presidía en esa reunión. Quien lea atentamente dicho canto, aun sin considerarlo como el primero de un adolescente que estrena su lira, no podrá menos de notar elevación en las ideas, variedad y hermosura en las imágenes, lirismo en la expresión, maestría en el manejo del metro y de la rima, pureza y corrección en el lenguaje; aunque observe, quizás, exceso de pompa y brillo retórico, que no es ciertamente digno de grave tacha, en quien, cantando las excelencias de la música, había de procurar, ya se ve, cantarlas cuan musicalmente le fuere posible.

Tendencia natural de cuantos examinan una producción literaria, es compararla con alguna otra del mismo género, pero de autor distinto, à fin de que el lector juzgue por sí propio y falle sobre la bondad ó demérito de aquella. Cediendo, por mi parte, à la misma inclinación, he buscado alguna poesía que à tal intento se prestase; más la única con que he ido à dar, en mi excursión por las feraces alturas del Parnaso español, ha sido el no muy acreditado poema

de Don Tomás de Iriarte, intitulado *La Música*.

Apenas cabe paralelo entre la prolija composición didascálica del eminente fabulista canario, y la breve producción lírica de nuestro poeta. El primero se propuso exponer y desarrollar, en cinco cantos, la teoría del arte musical; el segundo, cantar, en una oda, la música en acción, sorprendiéndola en las varias armonías de la naturaleza. El uno enseña docta, pero friamente, las reglas del solfeo y del compás; el otro entusiasma con la melodía de su propio canto, sin saber, por ventura, analizar sonidos, agrupar notas, ni dibujar claves.

Curioso es oír al mismo Iriarte acerca del objeto de su poema. Véanse estos versos, puestos en boca del pastor Salicio, que indudablemente representa al autor:

Soy un maestro que tranquilo ofrece
un doctrinal resumen
de lo que puede el arte con el numen. (a)

Y à fe que su obra no es más que *resumen doctrinal*, arreglado *tranquilamente* por entendido *maestro*; metódica exposición rimada de preceptos teóricos, justamente calificada de *tratado*, más bien que de poema, por el esclarecido Quintana. Pruébenlo algunos trozos:

Las varias sensaciones corporales,
del corazón humano los afectos,
y aun las mismas nociones ideales,
en diversos dialectos
se expresan por los órganos vocales.
Pero si, estando el ánimo tranquilo,
inspira simples y uniformes sonos;
cuando se halla agitado de pasiones
nueva inflexión de acentos da al estilo;

(a) Canto II.

el tono de la voz alza y sostiene;
 tan pronto le retarda ó le acelera;
 tan pronto le suaviza ó le exaspera;
 con enérgicas pausas le detiene;
 le da compás y afinación sonora,
 y á su arbitrio le aumenta ó le minora. (a)

.....
 Las voces primitivas esenciales
 que diatónicamente se suceden
 por grados ó intervalos naturales,
 cuya serie se llama
 escala, diapasón y también gama,
 de siete varias en rigor no exceden,
 si bien, para ajustar la escala entera,
 se añade octava voz, que es en substancia,
 una repetición y consonancia
 perfecta y pura de la voz primera;
 pues, aunque suena el doble más aguda,
 de posición, no de carácter, muda. (b)

.....
 De los tres cantos que á este fin emplea,
 el que se dice llano,
 coral ó Gregoriano,
 es, por su majestad, el más conforme
 á un sagrado lugar, y se solfea
 con melodía simple y uniforme.

Por intervalos fáciles procedo,
 que sean entre sí poco distantes,
 y consentir no puede
 figuras en valor desemejantes.
 De la propia manera,
 la natural escala
 del género diatónico no altera;
 y el movimiento iguala,
 por establecimiento necesario,
 con la medida del compás binario (c)

(a) Canto I.
 (b) Ibid.
 (c) Canto III.

Tal es, generalmente, el tono expositivo del poema;
 siendo muy raro el pasaje en que el hábil músico deja
 la cordura del razonamiento, para aspirar á la eleva-
 ción lírica, peculiar del poeta.

Si de la métrica se trata, sus versos no admiten
 especial reparo, por más que haya chocado tan inten-
 samente al fino oído de Don Vicente García de la Huer-
 ta el asendereado endecasílabo,

Las maravillas de aquel arte canto,

con que principia la obra.

Creíble es que saque provecho de la lectura reflexi-
 va de ésta algún sujeto aficionado al arte musical. No
 así el que vaya tras los encantos de la poesía; pues ape-
 nas hallará algo con que indemnizarse de la improba
 labor, después de haber leído la extensa pieza di-
 dáctica.

Donde cabe comparación entre uno y otro poeta,
 es únicamente en los pocos lugares en que Iriarte ol-
 vida, por un momento, su papel de maestro y canta
 realmente en elogio de la música. Véase á favor de
 quién queda la palma, en el imaginario certamen á que
 provocho á los dos ingenios, eligiendo lo mejor del poe-
 ma que voy citando.

Habla Iriarte de la música religiosa y, apostrofando
 á la nación judía, dice:

Y tú, Pueblo escojido,
 de santa religión primer ejemplo,
 también de santa música lo has sido.
 De Salomón en el inmenso templo,
 al acorde ruido
 de címbalos, kinoros,
 hazures y nebeles,
 unido á centenares de cantores,
 á Jehová rendiste obsequios fieles.
 Hoy este culto mismo,

imita fervoroso el cristianismo,
que instrumentos y voces
consagra al Redentor que desconoces. (a)

Zaldumbide habla de la música celestial y dice:

Allí, do reverente el ángel puro,
en la alfombra de luz arrodillado,
quema el incienso de oblación sagrado,
que se esparce ante el trono del Señor;
fuyendo eterna de las harpas de oro,
cantando hosana! al Hacedor del día,
inundas de magnífica armonía
las bóvedas del templo del Criador.

Obvio era observar, como lo hace Iriarte, que la música, ya por medio de la voz humana, ya por la de instrumentos varios,

los sonidos imita
de que ejemplo le dan los elementos;

y natural también que, enumerando estos sonidos, añadiese:

El bronco són del mar embravecido,
ó del viento el horrisono bramido,
de un arroyuelo el plácido murmullo,
de la tórtola amante el blando arrullo,
y los trémulos ecos
que en contorno despiden
los hóndos valles y los troncos huecos,
con música se cuentan y se miden. (b)

No deja de tener su mérito este pasaje, a pesar de los verbos *contar* y *medir*, que tan prosaico vuelven el último verso; pero dígame si Zaldumbide no vuela

(a) Canto III.
(b) Canto I.

a mayor altura en las estrofas siguientes:

Con sublime rumor del océano
en las aguas undivagas resuenas,
ya soberbias ondeen, ya serenas,
ya las rompa impetuoso el aquilón.
Cuando en los aires la tormenta brama,
y en alas va de arrebatao viento,
su fragoroso estrépito es tu acento,
tu voz los truenos retumbantes son.
El alma llenas de delicias, cuando
en el cristal suspiras de la fuente;
la extremeceas de horror, en el torrente
que se lanza estruendoso del peñón.
En el umbroso bosque, en la colina,
finges la dulce voz de los amores,
y del verjel en las fragantes flores
estático te escucha el corazón.

En cambio de la invocación siguiente, hecha por Iriarte:

¡Encantadora ciencia, don del cielo,
recreo de la humana fantasía,
de los males consuelo,
del alma fiel intérprete, permite
que tu hermana la dulce Poesía
investigar tus leyes solicite,

tiene nuestro poeta trozos como éste:

Oh! ¿qué sin ti del universo fuera?
instrumento sin són, mudo desierto,
cuerpo sin vida, el gran cadáver yerto
de un viviente universo que espiró.
Hecha que fué la máquina del mundo,
muda é inmóvil aguardó un momento;
tú la animaste y por el vago viento
resonante y armónica giró.

Los cuatro versos últimos contienen una imagen

tan atrevida y hermosa, que no temo equivocarme, al asegurar que raya en sublime.

Si el versificador del arte música diseña algún cuadro plácido, como el siguiente:

¡ Dichoso aquel que, cuando asoma el alba,
en el Mayo sereno,
se complace en salir al campo ameno
y oír la acorde salva
con que la ofrecen dulces jilguerillos
los obsequios más gratos y sencillos; (a)

elevando, el cantor de la armonía, con mayor arrogancia la entonación, luciendo más gala en la frase y realzando el brillo de los conceptos con oportunas antítesis, dirá:

Ora amedrentes con la voz del trueno,
cual con la voz de la celeste ira,
ó te estremezcas en eolia lira,
cual suspiro de amante corazón;

Ora inflames eléctrica la danza,
que en brillante salón rápida gira,
con el ardiente vértigo que inspira
el vino, la algazara, la beldad;
ora en las sacras bóvedas del templo
resuenes grave, augusta y religiosa,
ó alientes en la trompa sonora,
inflamando los ánimos marcial;

Ora, al compás de un arpa solitaria,
con blanda voz de mágica ternura,
dulcifiques del alma la amargura,
la triste soledad del corazón;

Ya sonrías, ya llores, ya entusiasmes,
ya el espíritu á Dios elevas santa,
oh música! mi pecho te levanta
un altar, con ferviente adoración.

(a) Canto I.

Dos partes tiene la oda de Zaldumbide, arreglada cada una de ellas en combinación métrica diferente, como era de rigor, en aquel tiempo en que deleitaban tanto á los jóvenes los caprichosos cambios de versificación, popularizados por Espronceda, Zorrilla y otros poetas españoles de gran crédito en América. No hay duda que la primera parte es superior á la segunda; pero también de ésta pueden citarse trozos como el que copio:

Quizá el mortal, cuando feliz vivía
en los bellos pensiles del Edén,
y en la morada del placer bebía
la pura fuente del perdido bien;

Oyó que tus acentos resonaban,
ensalzando su dicha en derredor,
y escuchó que los ángeles cantaban
el himno tierno á su primer amor.

Después, caído de su excelsa gloria,
y arrojado en el polvo de este suelo,
guardó quizá, secreto en su memoria,
un fiel recuerdo del perdido cielo.

Nótanse, con todo, en esta bella poesía, ciertos lunares, como la repetición de algunas ideas y palabras; el descuidado empleo de vocablos que, sin quererlo el poeta, vienen á ser asonantes respecto de otros que les preceden, cosa que repugna siempre á personas de oído delicado, y aún más todavía una falta de sintaxis, en que yo no sé cómo dejó de reparar el autor. Véase en lo que consiste.

Hablando con la música, dice aquel, en la primera estrofa de su canto:

.....
Doquier te escucho: el universo todo
es un sublime, armónico instrumento,
que, estremecido al vagoroso viento,
sus cuerdas lanzan infinito són.

Claramente se ve que, en este período, el *que* relativo, concertando con *armónico instrumento*, debía ser sujeto del verbo *lanzar*, y sin embargo, no lo es; porque sale al paso otro sujeto, *sus cuerdas*, que, usurpando las funciones del primero, lo deja sin oficio en la oración.

Algunas otras faltas pudiera tildar la crítica; pero donde brillan muchos aciertos, no hemos de hacer alto en unas pocas manchas, según lo tiene dicho el más docto y competente maestro del buen gusto.

III.

Con razón se le ha dado à Zaldumbide el nombre de *poeta filósofo*. Bien demuestra que lo merece, cuando pone tanto ahinco en meditar sobre el arduo misterio del futuro destino del hombre, al través del pavoroso océano de la muerte, y procura escudriñar con débil ojo humano esas tenebrosas concavidades de la tumba, que no pueden ser iluminadas por otra luz que la de la revelación. Sombría duda le asalta, haciéndole fluctuar, indeciso, entre el caos de la incredulidad y los resplandores de la fe. Bien se conoce que sufre realmente su noble alma, ansiosa de rasgar el tupido velo que oculta lo porvenir y aterrada por la idea de dar con el negro abismo de la nada. ¡Oh cómo quisiera asirse á un rayo de lumbre, para sustraerse à las congojas de tan terrible situación y saltar à las regiones de la ventura perdurable!

He de seguirle en esta su angustiosa peregrinación, hasta verle arribar á ese puerto seguro en que piadosa le espera la fe, para salvarle del inminente naufragio. No iré á solas con el filósofo, que también me acompañará el cantor.



Eternidad de la vida y Meditación, son las poesías que me han inducido à escribir los renglones precedentes. Las consideraré como una sola, ya que la primera ha sido compuesta con el objeto de dedicar la segunda al renombrado vate nacional Don Juan León Mera. Las dos contienen el pensamiento completo del autor acerca del futuro destino del hombre.

El corazón humano es, según el poeta, el único manantial de toda ventura; mas, como no la puede lograr cumplida en el mundo, tiende à perfeccionarla con el deseo. Tal es el sentido de los versos que siguen:

Jamás se cansa el corazón humano
de perseguir la dicha,
que no se deja asir, y es aire vano.
Suyo es el infinito y vago anhelo
que de la eterna vida el hombre siente.
No hay un soñado bien, no hay un consuelo,
no hay en la tierra dicha cuya fuente
el corazón no sea:
él es quien, incompleto el bien hallando
que en este mundo alcanza,
perfecto en otro mundo lo desea,
incrédulo repugna la ruina
mortal, y en ella pone á la esperanza.

En los afectos puros del corazón consiste, pues, para nuestro poeta, *la esencia de la vida*; en ellos *el bien* de que puede gozar el hombre. Cuando tales afectos faltan, ríndese el alma al peso de la existencia y apetece la muerte;

Porque mira en la tumba deseada
brillar de la existencia la luz pura,
ya en el mundo apagada.

¡Bendita sea esa luz! Pero ¿si se extingue también ella? . . . Ah! en tan horrible caso,

Todo se abisma y pierde en sombra oscura,
todo se pierde, hasta la dulce idea
de la felicidad. Y ¡adiós, entonces,
de eterna vida el infinito anhelo!
ya no hay la eternidad para qué sea.

Aquí interrumpe el poeta sus reflexiones preliminares, y hablando con su amigo acerca de la composición que le dedica, dice, que no se la dictó la austera y veraz filosofía, sino la poesía dulce y soñadora; rasgo de escepticismo, no hay duda, que deja tristemente preocupado el ánimo de quien lee una y otra producción.

Antes de pasar adelante, he de notar, con la moderación que à mi insuficiencia corresponde, la violenta y desairada construcción de este verso:

Ya no hay la eternidad para qué sea.

Lo que quiso significar el poeta fué, que, extinguida la luz de la esperanza en la vida futura, era superfluo é inútil el concepto de la eternidad; mas, para expresar esta idea, adoptó un giro irregular y arcaico, propio, talvez, de aquella época en que el príncipe de los líricos españoles dijo, por boca de uno de sus pastores inmortales:

que no hay sin ti el vivir para qué sea (a)

Dudo que verso como éste haya tenido otros imitadores.

Hermosas son las quintillas con que empieza la

(a) Garcilaso, égloga primera.

grave y melancólica *Meditación*.

Reprobando el poeta el vuelo atrevido del humano pensamiento hacia las ignoradas regiones de la eternidad, y ponderando lo insondable de arcano tan profundo, exclama, confuso y desalentado:

Si medir nuestra razón
procura ¡oh eternidad!
tu ilimitada extensión,
¡qué flacas sus fuerzas son
para con tu inmensidad!

.....
¡Fusión sublime, conjunto
de los tiempos sin guarismo,
para tu grandeza un punto
es el universo junto:
no tiene fondo tu abismo!

Luego después interroga, entristecido:

.....
¿En qué vienen á parar
esas vidas que sin cuento
vemos en la tumba entrar?

En la tumba, de los seres
precisa fin pavorosa,
remate así de placeres,
como de los padeceres
de esta vida trabajosa.

En la tumba, oscura puerta
cuya misteriosa llave
vuelve, con la mano yerta,
la Muerte, playa desierta
de donde zarpa la nave

De la vida á navegar,
con brújula y norte inciertos,
en no conocida mar,
mar sin fondo, mar sin puertos

ni ribera do abordar. (a)

Hondamente afligido dejan el ánimo estos admirables versos, que traen de suyo à la memoria las célebres coplas de Jorje Manrique, haciendo que el lector murmure interiormente:

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar,
que es el morir.....;

O exclame, con el ilustre autor de la *Epístola moral*:

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas nace el sol, cuando se pone
en las tinieblas de la noche fría. (b)

Digna de aplauso es, por otra parte, esa magistral personificación de la Muerte, que *vuelve, con mano yerta, la llave de la tumba*. Basta la valentía de esta imagen, para dar à conocer cuán lozana era la fantasía del poeta.

Sigamos, empero, los pasos de éste, en su penosa excursión por las sendas de lo desconocido.

¿Qué es morir? Qué es la muerte?— Oscura nada,
triste aniquilación, dice el ateo.

¿Todo ser en la tumba se anonada?

(a) Lástima es que la tercera y cuarta de estas estrofas tengan entre sí un enlace forzado, por no coincidir alguna pausa de sentido con la cesura final, después de la palabra *nave*.

(b) Absténgome de citar á Rioja, por ser cosa admitida entre los modernos críticos españoles, que la famosa epístola á Fabio es obra del Capitán Fernández de Andrada. Dos son ya las pérdidas que hace el eminente poeta sevillano. Quédale, á pesar de ellas, caudal suficiente de joyas con que lucir á par de los más encumbrados vates.

Error! funesto error! yo en ti no creo. (a)

Si este que siento en mí soplo divino
dentro la huesa en polvo se convierte;
si la esperanza de inmortal destino
se disipa en las sombras de la muerte;

Fuera, entonces, de Dios dádiva inútil
esta triste existencia de un momento,
que se disipa, como un sueño fútil,
ó como el humo vano en vano viento.

¿A qué este don de penas y quebranto?
¿á qué darnos la vida, conducirnos
por un desierto de dolor y llanto
y para siempre, al cabo, destruirnos?

¡Cuán de buena fe se afana en acumular argumentos contra las funestas sugerencias de la duda! en cubrir con haces de luz esas lóbregas cavidades por donde el siniestro materialismo entreve las pavorosas entrañas del caos!

A qué darnos la vida, conducirnos
por un desierto de dolor y llanto
y para siempre, al cabo, destruirnos?

Así reconvenía también à Dios, con aparente osadía, el primero y más esclarecido de los poetas ecuatorianos, en aquel incomparable soneto que compuso para deplorar la muerte de su hermana:

Yo no te la pedí. Qué! ¿es por ventura
crear para destruir placer divino?

Sin embargo, tanto Olmedo como Zaldumbide se rinden luego ante el Altísimo, preguntándole, el uno, si “le faltaba ese ángel á su cielo” y escribiendo, el

(a) Un tanto infundada es, á mi juicio, la observación que á este verso hace el Señor Mera, censurando el uso del pronombre *yo*. Bien se ve que el poeta lo expresó con el propósito de contraponerlo á la palabra *ateo*. [Ojeada histórico-crítica.]

otro, esta consoladora verdad:

No puede ser! El hombre desdichado,
de gusanillo que se vió en el suelo,
en mariposa angélica trocado,
de la lóbrega tumba vuela al cielo.

Natural es que la tímida criatura humana se espante y sobrecoja, se estremezca y aún vacile, al meditar en el horrible silencio del sepulcro, y ver cómo cae, convertido en masa inerte, un ser en cuyo cerebro ardía, hace poco, la centella del pensamiento, y en cuyo corazón bullían las fuentes de la vida. Dable es que se levante y apostrofe al Criador, en aquel instante de suprema amargura, en que desaparece el hombre y queda el polvo, que luego desaparecerá igualmente, absorbido por las incesantes transformaciones de la materia. Nunca olvidará quien esto escribe la acerba reconvención que un pobrecito indio del Azuay dirigía al Todopoderoso, en el instante de echar la postrera palada de tierra sobre el cadáver de un vigoroso adolescente, muerto en la flor de sus años. ¡Ay Señor, decía, en el colmo de la angustia, ¿á qué fin los crías, si has de sembrarlos así en el seno de la tierra?..... Quien conozca la doliente energía, la singular ternura de la lengua de nuestros aborígenes, podrá graduar con exactitud lo patético de la queja.— Por mi parte, vuelvo al asunto.

Después de leer el cuarteto que últimamente he copiado, podría creerse que en él termina la composición, volando al cielo la *mariposa angélica*, libre de la envoltura terrenal, y siendo éste el venturoso desenlace del tristísimo drama de la existencia; mas no es así; porque le asaltan todavía al poeta nuevas dudas sobre la suerte ulterior del que ha hecho la fatigosa jornada:

¿Y á dónde va quien deja nuestro mundo?
á dónde el que en tu sombra, Muerte, escondes?

Jamás á esta pregunta, tú, profundo silencio de la tumba, me respondes.

¿Está, por dicha, con la eterna unida esta rápida vida que se acaba?
ó allá el amigo la amistad olvida
y el amante también lo que adoraba?

¿Quién había de contestarle sino la fe, cuyas palabras de vida son las únicas que resuenan en las mudas soledades del cementerio? Confiéselo el poeta:

Oigo una voz que eleva el alma mía,
voz de inmortal y de celeste acento:
¿Qué á mí la muerte ni la tumba fría?
dice, hablando secreta al pensamiento;
¿Piensas que la segur que hace pedazos
las cadenas que al cuerpo sujetaron
mi esencia divinal, los demás lazos
rompe también, que al mundo me ligaron?... (a)

Sumiso á esta voz de su espíritu, inspirada, á no dudarle, por la fe, parece asentir á enseñanza tan consoladora, cuando dice:

Sí, dulce voz, cuanto me anuncias creo;
quien en ti cree, espera y vive en calma;

Pero, de las raíces que le ha dejado en el corazón, brota nuevamente la incredulidad, para dictarle los otros dos versos de la estrofa:

seas la voz mentida del deseo,
ó la voz del oráculo del alma.

Combate aún, vacila, se esfuerza; pregúntase á

(a) Vuélvese á notar aquí la asonancia viciosa de versos que no deben tenerla. Cierto que este defecto es bastante común, aún entre muy distinguidos versificadores; pero cierto también que él afea los mejores pasajes, y que aún en prosa repugna á oídos algo delicados, como muy bien lo observa un preceptista.

si propio:

¿Qué tendrá el infeliz acá en la tierra,
si la esperanza le faltó del cielo?

y dando magistrales pinceladas en el sombrío cuadro que pinta, acaba con esta manifestación de confianza en la vida perdurable:

¡Bella esperanza! cuando ya cercano
me hallare yo á la tumba apetecida,
mis ojos cerrará tu dulce mano
y olvidaré el tormento de la vida.

¿Quién, al leer tan bella estrofa, nó hubiera dado al autor por libre ya de toda vacilación, por exento de todo temor y duda? Desgraciadamente, no lo estaba aún, y lo demuestra, como se ha visto, aquella aserción suya, estampada, ocho años después, en la dedicación al Señor Mera, expresándole que la pieza de que hablo no le había sido dictada por la razón filosófica, sino por la ficción poética; sobre lo cual añade, para corroborarlo:

Y así era bien que fuera:
arcanos de la muerte los concibe
más bien el corazón que nó la mente.

Algún tiempo había de trascurrir todavía, antes de que cesase su cruel inquietud.

Aquí debía examinar yo la poesía que tras ésta viene, según el orden que guardan las del autor en la "Lira ecuatoriana"; más prefiero seguir antes al poeta en la que bien se pudiera llamar la odisea de su alma, trayendo á propósito el nombre tan propiamente aplicado, por otro vate ilustre del Ecuador, al fatigoso tránsito del espíritu por este oscuro y hondo valle de

miserias.

Tomaré, pues, de la interesante meditación titulada "La Noche", un trozo que demuestre el persistente predominio de la incredulidad en el ánimo de Zaldumbide, á pesar del afán con que se ha empeñado en combatirla. Véase cómo hace sarcástica mofa del supuesto rey de la creación y de su preeminencia sobre las demás criaturas.

Contempla extasiado los espléndidos luminares del cielo; contrapone la inmensidad de él á la pequeñez de la tierra, y aún más á la del hombre; pondera la mezquindad de la gloria humana, y escarnece de este modo al orgulloso habitante de nuestro átomo terráqueo:

Mas ¿qué te importa á ti? Qué mayor gloria
que el ser para ti sólo hecha y compuesta
esta asombrosa máquina de mundos?

Tuya es la creación, rey soberano:
la tierra es tu palacio; ignoras dónde
de tu dominio el término se esconde.
Tuyo es el universo; alza la frente;
espacia tus miradas orgullosas
por el vasto encumbrado firmamento:
las estrellas que ves esplendorosas,
las que ver nó te es dado, y las que en vano
pretendiera alcanzar tu pensamiento,
súbditas son de tu potente imperio;
tu ley gobierna su ordenado giro;
brillan para tu bien. El rayo ardiente
que el cielo airado contra ti fulmina,
el mal granizo que tus campos daña,
los vientos que en los mares te sepultan,
el volcán que tus obras arruina,
parece, sí, que tu poder insultan,
mas son para tu bien; y su guadaña,
¡oh feliz colmo de felice suerte!
para tú mismo bien blande la muerte.

.....

No dudo que este trozo rebose en poesía, digna de alabanza, como tal; pero entraña, á mi ver, una irritación sumamente amarga contra el hombre, y un desconocimiento, aparente tal vez, del sobrenatural gobierno de la Providencia.

Lenguaje no muy diverso puso en boca de *Baltasar* la inolvidable poetisa cubana Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, cuando compuso su justamente celebrado drama bíblico. He de transcribir algunos pasajes de éste, para amenizar la lectura del presente escrito, que no puede menos de ser árido, en cuanto va cayendo de mi estéril pluma.

Hablando de la gloriosa prosperidad de sus ascendientes, dice el descreído nieto de Nemrod:

Oht... sí... yo envidio su suerte,
y en esto, madre, me fundo.....
los hizo dioses el mundo,
á par que polvo la muerte.

Dirigiéndose, en otra situación, á Ruben, después de haberle vencido, lo hace con esta ironía:

.....¡ Ya lo ves, ese Dios justo,
que todo lo ordenó con su sapiencia,
y del que debo ser remedo augusto,
hizo, mostrando su alta providencia,
que presa del león fuese el cordero,
del águila el milano, del milano
la paloma indefensa. El mundo entero,
¡obra estupenda de su excelsa mano!
doquier la ley te muestra inexorable
que hace que al débil lo devore el fuerte,
al chico el grande, el rico al miserable....
esto tu suerte explica, esto mi suerte!

Hablando con su madre Nitocris, en el acto cuarto del aplaudido drama, exprime en esta cuarteta to-

da la hiel del desengaño:

La dicha!... fantasma vano
que sigue loco el mortal!...
¡Nada hay cierto sino el mal!
¡Sólo el dolor no es arcano!

Finalmente, dialogando con Daniel, acerca de la Providencia, lo hace en estos sarcásticos versos:

Yo tiendo la vista y miro
á las nubes lanzar rayos;
al mar entreabrir abismos;
producir ponzoña el suelo;
al aire, en miasmas nocivos,
difundir mortales pestes....
yermar campos el granizo!
una fuerza loca y ciega,
que produce sin designio,
y cuanto engendra destruye,
sin más ley que su capricho!
la ventura, fugaz sombra,
que se escapa de continuo....
la justicia, nombre vano,
de que hace el fuerte ludibrio....
y cerrando el horizonte
de este cuadro tan magnífico,
¡siempre el sepulcro!... mezclando,
en su polvo inmundo y frío,
la ignominia con la gloria,
las virtudes con los vicios!
Por tales rasgos se ostenta,
Profeta, á los ojos míos
esa Providencia sabia
á que das culto sumiso!....

Contestación victoriosa es la de Daniel:

Si triunfa en la tierra el mal,
como lo pruebas tú mismo;

si sucumbe la inocencia
 bajo el poder del impío,
 y en la tumba se confunden
 los justos con los inicuos,
 ¡del más allá de la tumba
 reconoce el alto aviso!

En efecto, el desorden mismo de la presente vida del hombre supone un orden eterno, que lo repare.

Para impugnar las ideas de nuestro filósofo (pues ya vuelvo à tratar de él), me bastaría recordar, si lo permitiese la índole de este modesto trabajo, la satisfactoria explicación que se da en las escuelas acerca de la naturaleza del mal físico, irregularidad que solemos tener los hombres por absurda, en razón de que no la consideramos como natural consecuencia de las leyes generales que rigen la creación. Y para discurrir sobre el gobierno providencial de Dios, no iría yo à estudiarlo, con la Filosofía de la historia, en la vida de los pueblos; ni siquiera lo contemplaría en la existencia y conservación del individuo; sino que tendría por suficiente citar algún sencillo apólogo, como aquel de *El Labrador y la Providencia*, del inimitable Samaniego, ó esotro de *La lluvia de verano*, tan ingeniosamente compuesto por el célebre Don Juan Eugenio Hartzenbusch. A éste le pediría una estrofa, para concluir diciendo:

¡Gloria á Dios, que rige
 la naturaleza!
 no hay mal en el mundo
 que por bien no venga.

Nada censuro, sin embargo, al hábil cantor de *La Noche*; límitome à caminar tras él, marcándoles el rumbo à sus pensamientos, doliéndome del estado en

que se halla su atribulado corazón, y ansiando verle saciar cuanto antes, en la fresca y pura fuente de la verdad, la incomparable sed que tiene de ella.

Sacióla, por fin, cuando le faltaba poco para traspasar las cumbres de la vida, en su no larga, pero sí penosa, jornada. Allí fué que dirigió à la Reina de los cielos aquella su celebrada poesía, de la cual tomo, por su oportunidad, los cuartetos siguientes:

Tú al indocto y al sabio enseñas ciencia,
 humildad al soberbio, fe al dudoso,
 al mal sufrido muestras la paciencia,
 y al que padece, galardón precioso.
 Jamás al que te ruega desamparas,
 ni hay súplica por ti desatendida;
 la flor que pone en tus benditas aras
 el que te ofrenda, nunca va perdida.

.....
 Sigamos, pues, la norma que dejaste;
 purifiquemonos, pues pura fuiste;
 bendigamos el llanto que lloraste,
 y esperemos la gloria que tuviste.

Así depuso el filósofo Zaldumbide el ponderoso fardo de sus perplejidades, y se rindió sin reserva à la enseñanza católica, imitando la nobilísima conducta de aquel otro alumno de las musas, ínclito escritor colombiano, que, cansado ya de cavilar, y estimulado, también él, por la filial exigencia, prorrumpió finalmente en esta memorable confesión:

¡Señor, yo acepto tu divino credo!

Ganó mucho la sociedad ecuatoriana con la edificante lección dada por Zaldumbide. Él ganó todavía más; pues, reposando tranquilo en el maternal regazo de la fe, ya no volvió à deplorar las inquietudes de su alma, y preparóse à entregarla cristianamente en

manos de su Criador, como en realidad lo ha hecho, nueve años después.

Intérprete del contento general con que recibió Quito la composición *A María*, fué el notable académico Don José Modesto Espinosa, quien, para celebrar el fausto suceso, pidió también à su lira los dulces sonos que ella suele brindarle para cantares piosos.

¡Qué plegaria tan fervorosa la que dirigió à la Santísima Virgen en obsequio del poeta!

.....
Mensajera de paz, la paz derrama
en su pecho, en su hogar, en torno suyo;
Mensajera de amor, en viva llama
arda su corazón, por siempre tuyo.

De verdad Mensajera, el triste velo
descorre de la duda, y à su mente
riete en limpios rayos desde el cielo
la luz de la verdad resplandeciente.

Él es digno de ti, y en la contienda
que mantiene el error torvo y sañudo,
la verdad hallará quien la defienda
con acero fulgente y fuerte escudo.

Recibe, pues, oh Reina, la corona
con que el bardo te obsequia reverente,
y en premio al himno que en tu loor entona,
con lauro celestial ciñe su frente.

Eficaz debió de ser el ruego; pues he insinuado ya que Zaldumbide murió como católico ejemplar. Había llegado al caso en que, lleno de sobrenatural confianza, puede, sin vacilación alguna, exclamar el creyente, tomando para sí unos hermosos cuartetos del citado Hartzenbusch.

¿Y qué es morir? Qué es eso que desvela
tanto al hombre, que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela
y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,
forma perecedera, si gentil,
que la mano del tiempo pulveriza
y restituye à su principio vil.

Allí dentro un espíritu se encierra
noble, puro, de origen celestial;
aquello es hombre, lo demás es tierra,
y aquello no perece, es inmortal.

IV.

La oda de Zaldumbide *A la Soledad del campo* está impregnada de esa dulce y plácida filosofía que tan grato asunto suele inspirar à los que saben tratarlo con acierto. Así lo hizo Garcilaso, en aquella parte de su égloga segunda, en que el pastor Salicio discurre sobre el propio tema:

¡Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse
que con la dulce soledad se abraza.....!

Así Fray Luis de León, en una de sus más celebradas odas:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!...

Así también Meléndez, en su égloga *Batilo*, donde se leen estancias como éstas:

¡O soledad sabrosa!
¡o valle! ¡o bosque umbrío!
¡o selva entrelazada! ¡o limpia fuente!
¡o vida venturosa!
sereno y claro río,

que por los sauces corre mansamente;
 aquí, entre llana gente,
 todo es paz y dulzura
 y gloriosa armonía
 del uno al otro día:
 la inocencia de engaño está segura,
 y todos son iguales,
 pastores ganaderos y zagales.

El cielo sosegado
 y el canto repetido
 de las pintadas aves por el viento,
 el balar del ganado
 y apacible sonido
 que del céfiro forma el blando aliento,
 tal vez el tierno acento
 de alguna zagaleja,
 que canta dulcemente,
 y este oloroso ambiente,
 en grata suspensión el alma deja,
 y á sueño descansado
 brinda la yerba del mullido prado.

Estos y otros maestros imitaban á Horacio, aunque diesen giro más filosófico, los unos, á su pensamiento, imprimiéndole cierto aire de poética melancolía, propio de la contemplación, y descendiesen, los otros, á la sencillez y gracia del lenguaje pastoril, acercándose más bien al estilo virgiliano.

La tentadora enumeración de las ventajas de la vida campestre, la hace el lírico latino, en su oda II del libro V, sin más objeto, al parecer, que el de satirizar al usurero Alfio, quien, á punto ya de ceder á los seductores encantos de aquella vida y convertirse en labrador, se acuerda de su vieja industria y da de mano á todas las ilusiones pastoriles:

*Hec ut loquutus fenerator Alfus,
 jam jam futurus rusticus,*

*omnem relegit idibus pecuniam,
 quærit calendis ponere.*

Diverso es el propósito de los ilustres imitadores citados. Sienten ellos verdadera complacencia en ponderar los tranquilos goces de la sosegada y feliz vida del campo, como deseándolos para sí mismos, en contraposición á las agitaciones y disgustos que acibararan la urbana.

A las poesías de estos se asemeja la de Zaldumbide; aunque no alcance á rivalizar con tan eminentes modelos.

Si el célebre Don Marcelino Menéndez Pelayo hubiese leído las producciones de nuestro autor, á tiempo de escribir su interesantísima obra crítica *Horacio en España*, á fe que lo hubiera contado entre los más hábiles imitadores del Venusino, ó á lo menos, de Garcilaso y de León. Apoyen este concepto y exímanlo de la nota de temerario las estrofas siguientes de la oda citada:

A ti me acojo, soledad querida,
 en busca de la paz que mi alma anhela
 en su ya inquieta y procelosa vida.
 Mi nave combatida
 por la borrasca de la mar del mundo,
 esquiva ya su viento furibundo,
 y en busca de otro viento sosegado,
 dirige á ti su desgarrada vela,
 ¡oh puerto deseado
 en que la briza de bonanza vuela!

.....
 ¡Héme ya libre del tumulto humano,
 y contigo, oh Natura, á solas héme
 y con tus montes y extendido llano!
 ¡Héme lejos, en fin, del aire impuro
 que respiran las miserables ciudades,
 sin oír el de dolor vago lamento,
 que en su recinto oscuro

se escucha sin cesar! — ¡ Héme aspirando,
bajo tu abierto cielo inmensurable,
con placer inefable,
el aire libre, embalsamado y puro,
y en vez de humanas voces, escuchando
el apacible acento,
la melodiosa voz del vago viento.

.....
Bajo tu amparo, en tu sereno asilo,
oh soledad, yo viviré tranquilo;
yo olvidaré la angustia de la vida;
no sentiré su peso,
vagando en la pradera florecida
y por el fresco laberinto errando
de tu amena floresta y bosque espeso;
yo desoiré la voz de mis dolores
por la canción del aura de tus flores
y el murmurar de la apacible fuente
que baña tus jardines, resbalando
entre lirios y rosas, mansamente.

.....
Oh vosotros, que dais, árboles bellos,
sombra á la tierra, al aire galanura;
aves alegres, que moráis en ellos,
y á dulces cantos endulzáis las horas;
volubles vientos, que mecéis festivos
las copas cimbradoras;
diáfanas fuentes, que esparcís frescura
al prado, al aire y la arboleda oscura;
arroyos fugitivos,
que corréis por hallar dulce reposo
dentro del huerto umbroso,
ó entre las flores plácido remanso:
¡árboles, aves, vientos, aguas puras,
llegó, por fin, el día
que tanto ansié, de haceros compañía!

Baste lo copiado para dar á conocer el sabor, posi-
tivamente clásico, de esta hermosa composición.
Los lectores medianamente aficionados al ameno

comercio con las musas notarán cuánto se asemeja la
tercera de las estancias trascritas á ese bellissimo pa-
saje en que el inmortal vate ecuatoriano cantor de
Bolívar depone la trompa marcial, para volver, asi-
mismo, á la grata vida del campo.

.....
Y ciñan otros la apolínea rama,
y siéntense á la mesa de los dioses,
y los arrulle la paralela fama,
que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré á mi flauta conocida,
libre vagando por el bosque umbrío
de naranjos y opacos tamarindos,
ó entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río. (a)

Notable es, igualmente, la semejanza del sentido
apóstrofe á los árboles, aves, vientos y fuentes, con
el que Garcilaso pone en boca del pastor Nemoroso (b).

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas;
verde prado de fresca sombra lleno;
aves que aquí sembráis vuestras querellas;
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno,
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento...etc.

(a) De poeta quintanESCO, difuso y grandilocuente califica á Ol-
medo el erudito Menéndez Pelayo, después de llamarle cantor de
nuestros desastres. Un pasaje suyo copia, para manifestar que también
imitaba á Horacio. Quizá sería obra meritoria designar los varios en
que lo hizo, comenzando por los primeros versos de su incompa-
rable canto á Bolívar, en los cuales brilla una magistral imitación
del principio de la oda de aquél en elogio de Augusto.

(b) Égloga primera.

Comparaciones como éstas son, à mi ver, muy convenientes para hacer resaltar el esmero con que Zaldumbide procuraba sujetar à molde clásico sus poesías, así en lo sencillo y ordenado del plan, como en el decoro y gala de la expresión, sobriedad y elegancia de la frase, corte y ritmo del verso.

Compruébenlo superabundantemente otras producciones suyas.

La *Mañana* es una composición en que hace el poeta ostentación envidiable de sus facultades descriptivas, trazando un cuadro encantador de los primores con que la naturaleza se adorna, al despertar, bajo la vivificadora luz del

rey de los otros orbes, sol fecundo.

Véanse, si no, los hechizos de la aurora, bosquejados por Zaldumbide:

Raya el alba; las sombras, que esparcidas
por el aire, teñían silenciosas
el tenebroso velo
en que yacía envuelto el ancho suelo,
ciegas ante la luz y confundidas,
se rompen, retroceden
y el espacio y el cetro al día ceden.

Recoge el manto la vencida noche,
y aparece triunfante,
entre aplausos y voces de victoria,
en su inflamado coche,
el rey del cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la mañana;
se alegra el valle; el monte resplandece;
la niebla, que de noche cubrió el suelo,
se rompe, fugitiva, y desvanece,
ó en ondeantes penachos sube al cielo;
bulle el viento en los árboles sonoro;

brilla en las verdes hojas el rocío;
murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y más osado
rumor levanta el impetuoso río;
allá resuena la floresta umbría
con el alegre y bullicioso coro
de pájaros cantores,
y todo el aire se hinche de rumores.

Despierta la cabaña y la alquería;
del humo del hogar al cielo sube
la doméstica nube,
y la vista recrea
el afanar del laborioso día:
ya el labrador empuña el corvo arado,
y alegre, con la idea
de la futura, henchida troje, rompe
la faz inculta del fecundo suelo,
poniendo la esperanza y el cuidado
en el labrado surco y en el cielo;
se abre el redil y saltan las ovejas
y se van por el campo derramadas,
la tierra grama que mojó el rocío
paciendo regaladas:
allá se agita la afanosa siega,
y la dorada espiga
al corvo diente de la hoz entrega
el precioso tesoro,
galardón del sudor y la fatiga.

¡Cuán poética y hermosa es, en estos versos, la imagen de aquel labrador que rompe la faz inculta de la tierra, poniendo toda su esperanza *en el labrado surco y en el cielo*, con la idea de ver henchida la futura troje! Me parece que rasgos como éste podrían ser adoptados sin desdén aún por el mismo cantor de la "Agricultura de la zona tórrida".

Sea éste el caso de notar el empeño que Zaldumbide pone en el uso de epítetos adecuados y enérgicos, para imprimir animación, fuerza y brillo al len

guaje de la poesía. Aquellas composiciones, dice Burgos, en que los sustantivos no son rigurosamente calificadas, no ofrecen sino cuadros descoloridos, sin gracia y sin interés. Obsérvese, añadido yo, cuánto realzan la pompa de la frase poética expresiones como *el ancho suelo, el inflamado coche, los ondeantes penachos, el sonoro viento, el bullicioso coro, la doméstica nube, la hinchada troje* y otras de los trozos citados.

Permítaseme impugnar, de paso, y desconfiando siempre de mi dictamen, la censura que hace el Señor Mera (a) de una de las ideas contenidas en estos versos:

Murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y *más osado*
rumor levanta el impetuoso río.

“Nada tienen que ver, dice el hábil crítico, las horas del día, con el murmullo del arroyo, ni con el rumor, osado ó no, del río, que siempre tienen de ser los mismos.” Opino yo de otra manera, bien porque el murmullo y el rumor puede decirse que ni aun existen sino desde que los percibe el hombre despierto; bien porque no es absurda ficción poética la de que la luz, que vivifica la naturaleza toda, desde que repunta el alba, acrecienta el ruido de los manantiales. Ayúdeme en la defensa un antiguo poeta español, que, hablando de luz más tenue, dijo, en un conocido romance suyo:

La diferencia que siente,
cuando las estrellas salen,
es que suenan en las guijas
un poco más los cristales.

No sé si al Príncipe de Esquilache se le haya he-

(a) “Ojeada histórico-crítica.”

cho por algún crítico censura como la que combato. Mas, dando que así fuese, todavía cabe opinar, en abono de Zaldumbide, que la frase *más osado* no contrapone, como comparativa, el rumor actual del río al que éste mismo tuvo durante la noche, sino al murmullo presente del arroyo.

Lo que podía, quizá, admitir reparo es la *osadía* del rumor, por ser algo violento atribuir á las aguas de un torrente una cualidad propia de personas, ó, cuando menos, de seres animados.

Diré también que en ésta, como en otras composiciones de Zaldumbide, hay alguna repetición de ideas, y por consiguiente, de palabras, descuido en que no se fijaba, sin duda, el poeta, abstraído en sus interesantes contemplaciones. Hay, asimismo, tal cual verso desapacible, como el siguiente:

De la futura, henchida troje, rompe,

cuya poca fluidez proviene de la sinalefa entre las voces futura y henchida, adjetivos que deben estar separados por la pausa de una coma, y de la asonancia entre *troje* y *rompe*, que no puede menos de repugnar al oído del lector. Derecho tiene, sin embargo, à que se le perdonen éstas veniales faltas, quien por tantos aciertos debe ser aplaudido. Pasemos adelante.

La oda intitulada “El Mediodía” es igualmente composición de corte y gusto clásicos, y está escrita, en su primera y última partes, en liras, predilecta combinación métrica del inclito Fray Luis de León.

Si, copiando una estrofa, decimos, verbigracia, con el poeta ecuatoriano:

Del césped en la alfombra
suelo sentarme, de frescor sediento;

un árbol me da sombra,
blanda música el viento
ó ilusiones el vago pensamiento;

no me negarán los lectores que las ideas mismas, el metro, y aun la asonancia, nos tientan à añadir, con el inmortal granadino:

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado, tengo un huerto,
que, con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Bien puede ser que me engañe la identidad de la medida y de la combinación métrica; puede que este egoísta deseo de ver hombrrear á mi distinguido compatriota con ciertos gigantes del Parnaso, aunque les sea naturalmente inferior en talla; pero me parece que el discípulo no es muy indigno del maestro en varios lugares de esta oda. Léase el siguiente:

Allí, cuando subido
el sol á la mitad del alto cielo,
en rayos encendido,
su ancho disco, sin velo,
el aire inflama y abochorna el suelo;

compárense tales versos con estos otros de Meléndez, compuestos sobre igual asunto:

Velado el sol en esplendor fulgente,
en las cumbres del cielo,
lanza derecho ya su rayo ardiente,

y dígase, por fin, si es mucho lo que me alucina mi anhelo por el lustre patrio, cuando me atrevo à confrontar, modestamente, eso sí, algunas producciones

de Zaldumbide con otras análogas de clarísimos poetas españoles. Quédense ellos en la cumbre en que con razón los ha puesto la fama; yo deseo únicamente que no se vea en el todo eclipsado por el ajeno esplendor, el pequeño, pero no muy opaco, lucero de la constelación ecuatorial.

Coadyuve á mi propósito la cita de otras estrofas de la misma composición.

Hablando el poeta con su pensamiento, en la última parte de la oda, dice:

Mas ¿á dónde me llevas
en tu dulce corriente, oh desvarío?
No! tus alas no muevas,
oh pensamiento mío,
á do has de hallar el desengaño impío.

Vuelve, vuelve á los senos
de este ameno recinto; libre gira
por ellos, que á lo menos
aquí nunca se mira
oculta la traición, ni la mentira.

Ve al prado, al cielo puro,
al solitario monte, al bosque umbroso,
y volarás seguro;
mas nunca al borrascoso
mar de los hombres vayas, ambicioso.

Si corrige así los desvíos de su pensamiento, es por haberse distraído éste de la amenidad y hechizos de la floresta, para ir en pos de Cintia y convidarla á puros é inocentes goces. Copiaré unas estrofas de la delicada invitación.

Oh! si aquí bella Cintia estuvieras;
si al aliento del aura tu aliento,
y tu vez amorosa añadieras
al murmullo del agua y del viento.
; Si al matiz de estas flores juntaras
de tu labio el color purpurino;

si este bello jardín hermosearas
con tu rostro apacible y divino!

.....
Aquí habita el placer en las rosas;
doquier vaga un deleite sin nombre;
dice el céfiro aquí tales cosas
que no dice la lengua del hombre.

Estos sonoros decasilabos cantan realmente, en medio de la contemplación filosófica, que forma, dirélo así, el cuerpo de la composición. Vienen á ser como el himno de la siesta, entonado á influjo de los encantos del ameno vergel y de la tierna reminiscencia de la bel-
dad que allí falta.

En la poesía intitulada *La Tarde* prepondera, como en casi todas las del autor, la tristeza que del corazón le mana, y está perfectamente descrita aquella solemne y melancólica parte del día, tan adecuada para despertar en el ánimo emociones que lo abaten y aun consternan.

Pausados y graves, como el advenimiento de las vespertinas sombras, son los siguientes versos:

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja el arado
y á su rústica choza se encamina.

Esto tiene mucho de virgiliano, y trae á la memoria aquel hermoso *Majoresque cadunt altis de montibus umbrae*, pincelada magistral del insigne poeta bucólico.

Ahora véase cómo nuestro cantor de la tarde se despide del sol y cede á su genial propensión de darse á tétricas reflexiones. Los versos que voy á copiar sintetizan la composición toda.

¡Adiós, Sol refulgente!
yo también uniré mi voz humilde
á la voz elocuente
en que un doliente adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio
puedes seguir tu arrebatado giro;
la mano omnipotente
á recorrer te impulsa sin reposo
las vastas soledades del espacio
esos serenos campos de zafiro;
pero mañana volverás glorioso
á darnos vida y luz, astro fecundo.

.....
Triste sombra deseo. El aura leda
el ruido apaga de mis pasos lentos.
Como las sombras cunden de la umbría,
noche en el cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos.

.....
Todo me causa una emoción profunda,
me aprieta el alma una indecible pena,
y de improviso mi mejilla inunda
de inesperado llanto amarga vena.

.....
Melancólica tarde, tarde umbría,
desde que supe amar me unió contigo
irresistible y dulce simpatía.

.....
¿Qué lágrima vertí que tú no vieras?
Exhalé alguna vez triste suspiro
que vagando en tus auras no lo oyeras?

.....
¿Qué de sueños de amor y de ventura,
qué de ilusiones alhagüeñas viste
en mi pecho formarse,
con esperanzas alhagarme el alma
y para siempre en humo disiparse?

.....
Es preciso olvidar! Córrase el velo
del olvido sobre ese de amargura

pasado tiempo. A mi dolor consuelo
 sola tú puedes dar, alma Natura.
 Quiero vivir contento
 en esta dulce estancia campesina.
 Aquí cavaré tumba á mis dolores,
 y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
 aquí (si tanto diérame la suerte),
 como tu sombra espero cada día,
 esperara sereno
 esa de la existencia tarde umbría,
 anunciadora de la oscura muerte.

Meléndez tiene también un romance para la tarde,
 bello como suyo; pero en él predomina el afán de la
 descripción y es muy poco lo que el poeta siente y me-
 dita, por más que parezca anunciarlo en estos versos:

Todo es paz, silencio todo;
 todo en estas soledades
 me conmueve y hace dulce
 la memoria de mis males;

pues luego dirá, como olvidado de estos mismos ma-
 les de dulce memoria:

Liberal Naturaleza,
 por que mi pecho se sacie,
 me brinda con mil placeres
 en su copa inagotable.

Esto no es censurar al melifluo Batilo, sino com-
 parar dos producciones poéticas, à fin de que se note
 la diversidad de su índole.

La Estrella de la tarde, composición del mismo
 carácter filosófico que la precedente, comienza por una
 invocación al lucero protector de los amantes, continúa
 con la expresión de gratas reminiscencias y termina
 con el desaliento y la tristeza habituales en el autor, que

no es feliz sino por los recuerdos.

Cuando la estrella vespertina luce,
 vuelvo á pensar en mis pasadas glorias
 y en la copa feliz de mis memorias
 vuelvo á beber el néctar que bebí,

es la síntesis de la notable poesía que examino.

Hay en ella una escena de amor, descrita como de
 tiempo pasado; pero con tal pulcritud y delicadeza, que
 ni el rubor más tímido puede resentirse con la lectu-
 ra de los versos que de ella tratan. Muy repugnante es
 aquella especie de naturalismo poco culto con que algu-
 nos versificadores, afectos de preferencia al género eró-
 tico, hacen ostentación de finezas, reales ó soñadas, que
 el pudor y la decencia mandan callar, à quien estima
 en algo su propio decoro y respeta como es debido à
 los lectores. Ejemplo digno de imitación da à los tales
 el recatado poeta, cuando, habiendo hecho memoria de
 sus amorosos afanes, del canto con que llamó à Laura
 y de la feliz aparición de ésta,

junto à ese río de dormidas olas,

usa de nobles reticencias, para dejar entrever su dicha:

Después tú viste, estrella de los cielos;
 más quién podrá contar lo que tú viste?

.....
 Mas quede oculto; el sello del silencio
 guarde en mi alma el tesoro de ternura
 y penda el arpa aquí de mi ventura:
 ya el placer, el amor.... todo pasó.

Hay cuadros que sólo deben bosquejarse; pintar-
 los no es lícito ni conveniente, à lo menos en concep-
 to de quienes miran con fundada aversión à la poco
 pudibunda escuela de Emilio Zola.

Hablando de algunos defectillos de esta poesía, que ciertamente los tiene, pero de pequeña monta, enumera, entre ellos, el inteligente crítico citado, el que, à su parecer, hay en estos versos:

 Mi lira sonó así con vagoroso
 melancólico són.

“No es propio, dice, que la lira diga ó haga sonar versos. Estos son obra del poeta, y la lira, el laúd ó el arpa le prestan su armoniosa voz para que los cante. Esta observación la ha hecho Don José Gomez Hermosilla, al criticar el verso de un poeta español:

 Canta ¡oh mi lira! Tu sublime acento, etc.

y nos pare muy juiciosa.”

 Aprecio como el que más el autorizado dictamen del Señor Mera; respeto, quizá en demasía, el del célebre humanista español; pero no me falta fundamento para defender á Zaldumbide, manifestando que pudo decir sin mucha impropiedad lo que se le censura; así como pudo también Don José María Roldán [que es el poeta criticado por Hermosilla] decir, en su oda “A la venida del Espíritu Santo”:

 Canta ¡oh mi lira! Tu sublime acento
 penetre la alta esfera.

Si el ejemplo de varios y bien reputados maestros es buen argumento en controversias como la presente, oportuno será citar algunos.

 Don José Cadalso principia con estos versos una de sus celebradas anacreónticas:

 Vuelve mi dulce lira,
 vuelve á tu estilo humilde,

y deja á los Homeros
cantar á los Aquiles.
Canta tú las cabañas
con tonos pastoriles,
y los épicos metros
á Virgilio no envidies.

Y pues que á Virgilio se le nombra, venga el *último poeta*, y hable por boca de un pastor suyo, en la tercera de sus églogas:

 ¿An mihi, cantando victus, non redderet ille
 quem *mea carminibus* meruisset *fistula*, caprum?

Cierto que Dametas no habla aquí de una lira que *canta ó suena*; pero sí de una *flauta que hace versos*, en cuyo caso es aún más atrevida la metonimia.

 Citaré otro pasaje del mismo poeta, en la égloga décima:

 O mihi tum quam molliter ossa quiescant,
 vestra meos olim si *fistula* dicat amores!

que Don Eugenio de Ochoa tradujo de este modo:

 “Oh cuán blandamente descansarán mis huesos, si vuestro *caramillo dice* en algún tiempo mis amores;”

y el italiano Arici de este otro:

 ¡Oh come, oh quanto
 mollemente composte á lor quiete
 saran quest' ossa mie, se le *zampogne*
 vostre diran quando che sia, gli amori
 d' un infelice!

Finalmente, por no fastidiar al lector con mayor número de citas, sea de Horacio la postrera. De su

oda *Ad Lyram*, XXXII del libro I, tomo la estrofa siguiente:

Poscimus, si quid vacui sub umbrá
lusimus tecum, quod et hunc in annum
vivat et plures, age, *dic latinum, barbite,*
carmen.....;

que Burgos tradujo así:

Tú, con quien libre un hora
de enojoso cuidado,
en el sombroso prado
jugué, lira sonora,
hoy otro tono emplea:
cántico entona pues, que inmortal sea.

Si, á pesar de todo esto, es impropio el hacer cantar, sonar ó decir versos á la lira, no romperé lanzas con mi benemérito amigo, por triunfar en en mi mala defensa, sino que acataré de buen grado su opinión y cambiaré de asunto.

De la poesía intitulada "La noche" he dicho que es una hermosa meditación. Describe en ella el poeta la quietud y el silencio de esa misteriosa parte del día; la relaciona, como era de esperarse, con la habitual tristeza de su propio corazón; contempla la miseria de nuestro mundo: sube con la mente á la maravillosa y espléndida región de los astros; compara el brillo y excelencia de éstos con la pequeñez y mezquindad de nuestro diminuto planeta, y acaba por hacer, como ya lo he manifestado, amarga burla de la humana presunción, que todo lo cree *hecho y compuesto* para bien y provecho suyos.

Esta es, á no dudarlo, una de las mejores poesías de Zaldumbide, y nada habría que tachar en ella, si,

imitando el autor cumplidamente al admirable lírico de la *Noche serena*, á quien tan de cerca sigue en algunos atrevidos rasgos, hubiese, en vez de hacer ludibrio del hombre, al fin de la brillante composición, ponderado *aquella celestial eterna esfera*, esos *repuestos valles de mil bienes llenos*, y trasportado á sus lectores ú oyentes á esa sublime

morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,

para exclamar luego con el egregio Fray Luis:

Aquí vive el contento;
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de glorias y deleites rodéado!

Tal era la natural comparación que había de hacer el poeta entre la nada del mundo y la grandeza del cielo, lo transitorio de la vida presente y lo impercedero de la futura.

Véanse, sin embargo, algunos excelentes trozos de la oda de nuestro vate.

Ahora te bendigo, noche augusta!
ya el tardo vuelo de tus graves horas
no más maldecirá mi boca injusta;
no iré á turbar tu plácido reposo
ni á lastimar tu adormitado oído,
rompiendo tu silencio majestuoso,
por entregar pesares al olvido,
en bullente festín ó impura orgía,
de tu quietud profanación impía.

..... El firmamento
es un libro de arcanos do se aprende
la ciencia de las ciencias, libro santo

abierto sólo al noble pensamiento
que á buscar la verdad su antorcha enciende,
que á las regiones de la luz se lanza
y en pos de aquellos mundos vuela tanto,
que al más remoto en rauda vuelo alcanza.

¡Oh qué bajo mezquino y miserable
noto este mundo lóbrego en que habito,
cuando miro la suma innumerable
y en la grandeza y número medito
de esos mundos de luz! cuánto disuena
este que el hombre mueve vano estruendo,
en la música aérea y armonía
con que del viento en la región serena
giran los otros orbes, dividiendo,
en sempiterno revolver, las horas
entre la noche y el brillante día!

.....

Dos elementos sin cesar se agitan
debajo las estrellas silenciosas:
la humanidad y el océano: el mundo
les viene estrecho; airados se impacientan
y traspasar sus límites intentan;
al abismo sus ondas precipitan;
hasta el cenit las alzan vanidosas;
mas, por rocas eternas quebrantadas,
en vana espuma sin cesar revientan.
¡Tanto tumulto en tan pequeño mundo!
¡Tanta soberbia en tan humilde estado!
¡Qué alzarse desde suelo tan profundo!
¡Qué ambicionar desde tan bajo grado!
Hombre insensato, alza los ojos, mira
al estrellado augusto firmamento;
cuenta sus astros, su extensión mensura,
y dime si tu orgullo es más que viento,
más que hinchazón soberbia tu arrogancia,
tu impotente ambición más que locura
y todo tu saber más que ignorancia.

.....

¡Qué vanas son las cosas de esta vida,
vistas así, á la luz de las estrellas,

á la luz de lo estable y lo infinito!
¡cuánto más vanos ¡ay! los hombres que ellas!
¡Placeres, que del mundo sois las flores,
cual las flores vivís un fugaz día!
¡Glorias, que sois del mundo la grandeza,
sueños sois del orgullo engañadores!

Por estos fragmentos puede juzgarse de la elevación filosófica de tal oda, digna de ser leída por todo el que mire con algún aprecio la literatura ecuatoriana.



La pequeña oda "Al Sueño", escrita en la estrofa predilecta del Maestro León, tiene bastante mérito, aunque no comparable con el de otras poesías más elevadas del autor. Puede condensarse toda ella en las tres liras siguientes, que darán idea del mayor ó menor acierto con que el poeta la compuso.

En otro tiempo huías
de mis llorosos ojos, sueño blando,
y tus alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando.

Ahora al mío te llegas
solicito, sin fuerza, sin ruido;
ya á mis ojos no niegas
tu beleño y entregas
mis sentidos á un breve y dulce olvido.

Desde este mi sereno
retiro escucho el rebramar del mundo,
á su tumulto ajeno,
como si oyese el trueno
que retumba en remoto mar profundo.



"El Arroyuelo" es una bella composición, escrita en versos generalmente fáciles y fluidos; cualidad que

con frecuencia se echa de menos, valga la verdad, en algunas otras poesías de Zaldumbide, en que el corte mismo de la frase perjudica á la soltura y desembarazo del metro. Júzguese de la naturalidad con que corren, á modo de manantial en lecho de menuda arena, los octosílabos de la pieza á que me refiero: hé aquí algunos:

.....Ya encuentras campo de flores,
y es de ver cómo allí giras,
cuál te aduermes y suspiras,
por no salir de él jamás.

Bien haces, dulce arroyuelo:

breves los dichosos, largos
son los instantes amargos
que tenemos que pasar.

¡Qué bien entiendes y sabes
que la ventura en la vida
ha de llorarla perdida,
quien no la supo gozar!

.....
¡Cómo te dilatas manso

y enamorado murmuras,
músico de notas puras,
entre una y otra flor!

¡que artificioso revuelves
y formas remausos bellos,
por que se retrate en ellos
su hermosura y esplendor!

.....
Mas ¿á dónde, infeliz, huyes?

Vuelve á tu sitio florido,
que lo llorarás perdido
cuando no puedas volver.....

En la oda "El bosquecillo", plácido cuadro de la soledad campestre, que convida á dar descanso al cuerpo y vuelo á la fantasía, hay rasgos hermosísimos de

carácter propiamente horaciano. Aun las oportunas reminiscencias mitológicas con que el poeta la exorna acendran el sabor clásico de ella. Difícil es que el lector no participe de mi dictamen, si le doy á gustar estrofas como las siguientes:

Los risueños amores
están en torno tuyo revolando,
y en tu lecho de flores
se recuesta el deleite suspirando.

.....
Y acuden presurosas,
dejando las lejanas arboledas,
las aves, codiciosas
de las promesas de tus sombras ledas.

.....
Ya ver se me figura
al dios de los pastores y ganados,
buscando la hermosura
de Eco por los valles y collados.

.....
Y entre ellas (a) el sagrado
Numen está del río, muellemente
en la urna reclinado,
ceñida de limosa alga la frente.

.....
Todo se anima, todo
cobra voz, cobra vida y movimiento,
y por extraño modo
todo lo puebla el vago pensamiento.

Échase de ver, en esta composición, la gracia con que Zaldumbide imitó aquel celebrado pensamiento de Horacio, en su oda "Á Quinto Delio":

.....et obliquo laborat
lympha fugax trepidare rivo.

.....
(a) Las ninfas.

Muchos poetas, aficionados á describir escenas de la naturaleza, se han empeñado en traducir ó imitar tan precioso rasgo.

Fray Luis de León, el más distinguido entre los imitadores, dijo, con la gracia que le es peculiar:

Desde la cumbre airosa,
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura;
y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

Meléndez, hábil imitador también, á más de dulce y fecundo poeta, habló así con su *Arroyuelo*:

Ya entre juncos te escondes,
ya con paso torcido,
si una peña te estorba,
salvas cauto el peligro.

Burgos, el aplaudido traductor del cisne de Venusa, vertió de esta manera el citado pasaje:

Y el raudal bullicioso,
por el *cauce torcido,*
con afán rueda y apacible ruido.

Nuestro imitador ecuatoriano expresó con mucha naturalidad y concisión la misma idea, en estos dos versos:

Y miro el curso lento
que en la pradera *tuerce el sesgo río.....*

Bien demostró, en este caso, como en otros, sus

especiales aptitudes para seguir diestramente las huellas de los clásicos latinos.

Respecto de la composición intitulada "Los Árboles", mi juicio coincide con el del Señor Mera; porque es, efectivamente, una tranquila enumeración de las ventajas que estos vegetales ofrecen al hombre; de modo que bien pudiera figurar como curiosidad literaria, y aún algo científica, en un tratado de arboricultura; mas no, como pieza propiamente poética, entre otros lucidos cantos del vate que *lloramos perdido*. Penoso es para mí estampar tales conceptos, no tratándose ya del consabido poema de Don Tomás de Iriarte; pero vano sería disimular el prosaísmo de dicha composición; porque lo ponderarían de suyo versos como estos, en que se cuentan, según he dicho, las utilidades que el hombre reporta de los árboles:

Purifican el aire con sus hojas;
hay en sus troncos bálsamos preciosos,
que al cuerpo vuelven la salud perdida.

.....
Pendientes de ellos (a) nacen dulces frutos,
que ofrecen, generosos,
á los hombres, las aves y los brutos.

.....
Del voluptuoso oriente en los serrallos
sirven para deleite de los moros:
allí suspiran y aman las sultanas,
á la sombra de grandes sicomoros.

Del inglés en los parques majestuosos,
en bellos grupos y armoniosas calles,
muestran artificiosos
hasta do alcanza el arte de los hombres, etc.

(a) De los ramos.

Pero, como ha de levantarse siempre del prosaismo, dejando la soñolienta languidez, poeta acostumbrado á remontar el vuelo á regiones excelsas, obsérvese el remate que Zaldumbide pone á esta su composición:

¡Y cuánto os amo yo, árboles bellos!
¡y cuántas, ya de amor, ya de tristeza,
ó ya de soledad, fugaces horas,
pasé á la sombra de las hojas vuestras!

Mil secretos de mi alma solitaria,
mil recuerdos de amor viven en ellas;
y siempre que las auras las agitan,
en su murmullo animador despiertan,
y una lágrima cae de mis ojos
y hondo suspiro de mi pecho vuela!

Os amé en otro tiempo de ventura,
y ahora os amo más en la tristeza;
os amé alegre y os adoro triste
y os he de amar hasta que muerto sea,
y más allá!... ciprés de opaca sombra,
triste ciprés! vendrás, cuando yo muera,
á acompañar mi solitaria tumba!
y allí mi sueño sempiterno vela!

Este triste ciprés de opaca sombra dimana del bien conocido de Horacio. Siniestro y aborrecible era el árbol simbólico, para el poeta que deploraba, hablando con Póstumo su amigo, la dura necesidad de dejar todos los goces de la existencia; no así para nuestro cantor, que desea un triste ciprés por compañero de su tumba.

Pláceme mucho repasar, cuando el caso lo permite, los más célebres lugares del gran lírico, y cediendo á esta propensión mía, que no tengo por censurable, copio el trozo á que aludo:

Linquenda tellus, et domus, et placens
uxor; neque harum, quas colis, arborum

te, præter invisas cupressos,
ulla brevem dominum sequetur;

que Burgos tradujo en estas dos endechas:

De dejar para siempre
tu consorte querida,
tus campos y tu casa,
llegará muy en breve el triste día,
Y de árbol tanto, que ora,
dueño fugaz, cultivas,
sólo el ciprés odioso
debe seguirte hasta la tumba fría.

Volviendo la consideración al último verso de la pieza que me ocupa, no puedo abstenerme de censurar, como incorrecto, el uso del verbo *velar*, en imperativo, cuando el antecedente *venir* está en indicativo:

¡Triste ciprés! *vendrás*, cuando yo muera,
á acompañar mi solitaria tumba!
y allí mi sueño sempiterno *vela!*

Este período es de mala construcción gramatical y aun lógica, defecto que el poeta pudo evitar fácilmente, con poner ambos verbos en el modo imperativo, diciendo, verbigracia:

Ven, fúnebre ciprés, cuando yo muera,
á acompañar mi solitaria tumba,
y allí mi sueño sempiterno *vela!*

Esmerado fué Zaldumbide en esto de cuidar de la pureza y corrección del lenguaje; pero ¿quién es el dichoso que en tan ardua materia está exento de toda falta?

V.

“En un álbum”, “Tu imagen” y las demás poesías que á estas siguen, según el orden que en la Lira

Ecuatoriana guardan, son todas del género erótico. Fácil cosa parece sobresalir en él, y sin embargo, pocos son los poetas que logran interesar al lector, por lo fino, original ó donairoso de las galanterías que dedican á sus reales ó supuestas damas. Tanto y tan bueno se ha dicho en verso castellano, desde aquella remota edad en que el Marqués de Santillana cantó á la *Vaquera de la Finojosa*, que casi puede darse por agotado el vocabulario de los gayos fablares en materia de amor.

Tendencia invencible es, à pesar de ello, la que à ciertos incipientes alumnos de Apolo induce à consagrarse exclusivamente al cultivo de tal poesía, como si no hubiese más que una musa y esta se llamase Venus. Hay jóvenes compatriotas míos, no escasos de buenas dotes con que lucir en el Parnaso, que se quedan entretenidos en la pendiente, cogiendo descoloridas flores, para coronar á deidades imaginarias, propicias y benévolas con los unos, tiranas y alevosas con los otros. De aquí ese prodigioso número de insulsas verserías amatorias, que pervierten el gusto, cuando menos el gusto, de la juventud, y la incitan à partir por el mismo rumbo de la frivolidad erótica, mirando con poca afición otro linaje de composiciones, más conducente, sin duda, al verdadero progreso de la civilización y de las letras.

Lo digo, porque la ocasión se me presta; y el intento que me guía no es otro que el de retraer, si puedo, á algunos trovadores adolescentes, de esa manía de no componer sino versos de amores, aún à riesgo de que se les pregunte:

¿Qué será, Don Estevan,
que siempre de amor cantas
y nunca de la guerra? (a)

(a) Villegas.

Persuádanse de que un asunto de tan limitada importancia como la estimación, mal ó bien correspondida, de una persona à otra, poco puede preocupar al lector indiferente, à menos que el amartelado vate derrame perlas en la narración de sus felicidades ó desdichas.

No necesito expresar que Zaldumbide se abstuvo de incurrir en el exceso que combato, siendo, como es, corto el número de sus composiciones eróticas, é incomparablemente mayor el de las filosóficas ó descriptivas, en que, si el amor aparece alguna vez, viene sólo por incidencia; pero tampoco es menester que yo declare una verdad á todos manifiesta, y es que las piezas amatorias compuestas por aquél no son las mejores que le debe la literatura ecuatoriana. No por eso faltan en ellas versos dignos de ser citados, como propios de un notable cantor, que aún en asuntos de suyo triviales, cuidó de no confundirse con la turba multa de los versificadores de requiebros.

Bien pueden leerse sin disgusto pasajes como los siguientes, que entresaco de las varias composiciones mencionadas:

Ángel de amor, que en femeniles formas
atraviesas el yermo de este suelo,
llenando el aura, en tu callado vuelo,
de olores el Edén.....

Cual del polo la estrella refulgente,
que fija enseña el rumbo al marinero,
ora ondee la mar tranquilamente,
ora la agite torbellino fiero;

Tal tu imagen, aquí dentro del alma,
constante brilla refulgente y pura,
en los placeres, en la quieta calma
y entre la sombra del dolor oscura.

Todo se queda en ti, conmigo nada
llevo sino el tormento de la vida,
la pena de la dicha no alcanzada
y el torcedor de la ilusión perdida.

Deja el arpa por Dios! no me quebrantes
con tu cantar de triste melodía,
que ya no viene el entusiasmo que antes
en la dulzura de tu voz venía.....

A tu canto ya espléndidas regiones
no iré á buscar, en dulce desvarío,
ni acudirán las muertas ilusiones
al solitario corazón vacío.....

Es, con todo, tan dulce tu voz pura,
tan tiernos son de tu arpa los acentos,
que es oírlos sin llanto de ternura
el tormento mayor de los tormentos.

El lazo de las mutuas ambiciones
tu dulce corazón al mío unía,
y á un tiempo rompió lazo y corazones
de la fatalidad la mano impía.....

Y el hado cruel, que quiso conducirnos
cada cual hácia el otro, al encontrarnos,
ay! en lugar de en aquel punto unirnos,
quiso desde aquel punto separarnos.

Ya no podré segunda vez hallarte,
mientras camino hácia la tumba fría,
y sin esta esperanza de encontrarte,
desierta miraré la senda mía.

Alguien criticará, lo presumo, aquello de la *quietud* calma, la sombra del dolor oscura, y el solitario corazón vacío, por la redundancia de tales expresiones, y tachará también de violenta la trasposición que afea este verso:

ay! en lugar de en aquel punto unirnos;

á todo lo cual no tendré yo razón que oponer en defen-

sa del autor, quien, según parece, cuidó menos de alinear sus composiciones eróticas que sus demás ya examinadas producciones. Bien conocía cuales eran las que habían de darle mayor derecho á ser contado entre los principales poetas del Ecuador.

VI.

A más de las obras poéticas de Zaldumbide recopiladas en la "Lira Ecuatoriana", se sabe, por afirmarlo el Señor Mera, que hay otras varias del mismo autor, diseminadas en los periódicos de una época que ya puede llamarse remota. Buen servicio prestaría á nuestra literatura quien, eligiendo entre unas y otras, compaginase las mejores en un volumen especial, que sería muy bien recibido por todos los que aman los encantos de la verdadera poesía.

Como muestra de las que no figuran en la colección hecha por el inteligente joven Don Vicente Emilio Molestina, cuya prematura muerte deploran todavía nuestras letras, reproduce dicho Señor Mera dos piecillas bastante hermosas. De la segunda, que me parece la mejor, tomo los versos siguientes, á fin de cerrar con llave de oro lo que dejo escrito sobre las poesías originales del excelente amigo á quien no volveré á ver. Cantó con la intensa aflicción del que vierte las últimas expresiones de ternura, para condenarse al silencio:

Corred, lágrimas tristes,
que es dulce al alma mía
sentiros á raudales
del corazón manar; ~~manar~~
corred, que los suspiros
que exhalo en todo el día,
las ansias de mi pecho
no bastan á calmar.
Triste, fêrvido llanto,
tus gotas de amargura

mitigan celestiales
la sed del corazón;
y sólo tú suavizas
mi horrenda desventura,
y sólo tú consuelas
mi lúgubre aflicción.
Que cuando, de la cima
de dulce venturanza,
desciende el alma, al golpe
del dardo del pesar,
si entonces con la dicha
perdemos la esperanza,
nos queda sólo el triste
consuelo de llorar.

Largo tiempo pasó desde aquel en que Zaldumbide arrancara tales gemidos à su laúd, hasta el año de 1884, en que, como miembro de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, dió á luz nuevas producciones, en las "Memorias" de la Corporación, no sin haber compuesto, en 1883, unos sonetos en honra de Bolívar, cuyo centenario celebraba entonces la América del Sur. Entre aquellas producciones nuevas, figura este otro gallardo soneto.

À LAS FLORES.

Prole gentil de la rosada Aurora,
nacida con el dón de la belleza;
gracias con que la gran Naturaleza
ríe y su augusta magestad decora.

La luz del sol, que el universo dora,
no tanto de su fuente en la grandeza,
cuanto en vosotras linda se adereza
y con matiz más gayo se colora.

En los campos del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo
vosotras sois estrellas de colores.

Tan puras sois, en fin, al par que bellas,
que pienso que del mundo el claro cielo
no tiene cosa más..... que almas y flores.

Las demás poesías de que hablo no son originales de Zaldumbide, pero sí muy buenas traducciones de dos interesantes poemas. Especial era su predilección por las literaturas inglesa é italiana, que le tentaban con la excelsa nombradía de *Shakespeare, Pope, Byron; Taso, Dante, Petrarca*. Dado con perseverante afán al estudio de las lenguas en que, respectivamente, escribieron estos poetas famosos, adquirió rara aptitud para interpretarlos con acierto, es decir, para expresar poéticamente, en verso castellano, las grandes bellezas que para el común de la gente letrada yacen como perdidas en volúmenes indescifrables.

Preciosa es su traducción de *Lara*, leyenda de Lord Byron, y es muy de sentir que no la haya dejado terminada, ó, á lo menos, que no se hayan dado hasta hoy á luz las ventidos estancias ó fragmentos que aún faltan del canto II. Lo publicado alcanza solamente à estos dos versos del poema:

*In vain the circling chieftains round them closed,
For Otho's phrensy would not be opposed.*

A mi docto y diligente amigo Don Pedro Fermín Cevallos, Director de nuestra Academia, incumbe el honroso cargo de indagar si existe ó no manuscrito que contenga la traducción de lo restante.

Del mérito de esta obra de Zaldumbide puede juzgarse por el fragmento siguiente, que sin elección transcribo, para que se aprecie, à par de lo poético del fondo, lo castizo y galano de la forma.

Era la noche. El cielo, entonces puro,
de estrellas tachonaba la corriente

del río que de Lara besa el muro
 tan sosegadamente,
 con tan manso fluír, que parecía
 que el agua estaba quieta y no bullía;
 pero muda su linfa iba corriendo
 y tan veloz como el placer hufa,
 en su profundo espejo repitiendo
 bellamente las luces inmortales
 que pueblan las regiones celestiales.

Altos y hermosos árboles asombran
 la una y la otra margen, y esparciendo
 suave espíritu al aura, el suelo alfombran
 flores de cáliz tal, que no podría
 libar en otras la golosa abeja
 nectárea copia de mayor dulzura,
 cual las que en otro tiempo, en sus más tiernos
 años, la casta Diana entretejía
 pará guirnalda de su frente pura.....

Llego ya (después de haber fastidiado, no lo dudo,
 à los indulgentes lectores de este mi insustancial escrito)
 à la postrera composición de Zaldumbide.

¡Misteriosa coincidencia! poco le faltaba de vida, y
 esa admirable intuición con que sienten algunos hom-
 bres la proximidad de su fin en la tierra, le indicaba el
 asunto más apropiado para un canto de despedida. Tra-
 ducción había de ser, igualmente, la que diese à la es-
 tampa; pero escogió para ella un poema italiano fúne-
 bre: *Los Sepulcros* de Hipólito Pindemonte. Algo he di-
 cho, en ocasión diversa, sobre el relevante mérito de tal
 versión. Hoy añadiré sólo que, para mí, es la de que
 trato una de las más notables obras de Zaldumbide.
 Corrección y elegancia en el lenguaje, elevación en el
 tono, pompa en el estilo, armonía en el verso, ausen-
 cia absoluta de ripio, son las principales cualidades
 de tan notable canto, escrito como para ser el pos-
 trero del cisne.

Está en verso suelto, y es, según presumo, la única

composición en que usó de él nuestro cantor de la mú-
 sica; pero tales son el ritmo y el enlace de las cláu-
 sulas, que no se deja sentir la falta de esa *musi-
 cal* correspondencia de la rima, à que tan habituado te-
 nemos el oído. Para que el verso libre pueda leer-
 se sin el hastío que causa una mala prosa, cortada à pe-
 queños intervalos, es preciso que el poeta se llame Mo-
 ratín el hijo, Jovellanos, Menéndez Pelayo (a) ú otro
 que se les asemeje. Si Zaldumbide se halla en este ca-
 so, lo dirá quien lea lo poco que, para] terminar, re-
 produzco:

¡Ah! no se hicieron, no, las tumbas sólo
 para los muertos. Dama enamorada,
 que, vestida de luto, el rostro inclina
 sobre la losa que á su esposo encierra,
 y le ve todavía, y le^a habla y oye,
 encuentra allí lo que es en duros males
 sola consolación: ¡llorar sin duelo.

.....
 ¡Ah! de aquestos (b)
 perdón alcanza apenas aquel toscó
 pueblo que sus cabañas no se aviene
 à dejar, porque alzarse no podrían
 é ir con él los huesos de sus padres.
 Perdón de aquestos alcanzara apenas
 salvaje madre, que del tierno niño
 que de los pechos le arrancó la Parca,
 va á la tumba, y en torno de ella riega,³
 pensando aún nutrir sus dulces manes,
 del seno leche y de los ojos llanto;
 ó el pequeñuelo fétetro suspende
 del árbol familiar de la cabaña;
 le ve mecerse, mientras espira el viento,
 y el fétetro fatal alegre cuna

(a) Léase la bellísima *Epístola á Horacio*, compuesta por este autor.

(b) Los que miran con desdén las tumbas.

á su materna vista el amor finge.

.....
Cuando el pérfido mundo más me oprime
el alma y postra el corazón, ves que entro
en ese augusto cementerio; paso
por las tumbas la vista y poco á poco
siento una vena penetrar de dulce
consolación en mi amargura, y cobra
su perdido vigor al cabo el alma.

.....
Són de humano instrumento no hay alguno
que llegue hasta los muertos, cuyo grave
dormir sacudirá sólo aquel vivo
clangor de trompas de oro, que, veloces
calando del Empíreo el postrer día,
ángeles tañirán, de Dios heraldos.
¿Qué será Elisa entonces? Hierba humilde,
parte de ella talvez, talvez flor pura,
que la Aurora, á su muerte ya cercana,
con gotas moje de postrero llanto.
Mas de cualquiera forma ó cualquier parte
del universo, do esparcidos moren
los átomos que Elisa juntos fueron,
reunidos otra vez serán Elisa.
Quien antes supo urdir la humana tela,
renovarla sabrá, que mayor obra
fué para el Sumo Artífice, de nada
hacer de su labor noble la estambre;
ni habrá hasta entonces, no, podido el tiempo
debilitar, ni envejecer un punto
la mano eterna del eterno Fabro.
¡Gloria á Él, gloria á Él, hasta aquel día!

¡Hermoso verso para último de un poeta! her-
moso para la conclusión de mi insignificante opúsculo!

Diciembre 31 de 1888.

Luis Gordero.

ERRATAS NOTABLES.

Página 6, línea 26, dice:
con melodía simple y *uuiforme*.

Léase:
con melodía simple y uniforme.

Página 16, línea 11:
do apenas nace el sol, cuando se *pone*.

Léase:
do apenas nace el sol, cuando se pierde.

Página 34, línea 8:
hinchada troje.

Léase:
henchida troje.

En cuanto á otros errores tipográficos, fácil se-
rá que, si los hay, los enmiende la perspicacia del
lector.
